

[...] trabajaba yo a la sazón en la imprenta de *El Castellano*, de donde salía a las seis de la tarde después de concluido el trabajo, teniendo por costumbre irme a visitar a la entonces mi novia, Tomasita. Muy tranquilos, estábamos leyendo la historieta del *Sargento Mayoral* cuando sentimos descargas de fusilería [...].¹

CON estas palabras rememoraba en sus *Memorias* el editor Benito Hortelano el día de octubre de 1841 en que estalló en España la revolución contra Espartero. El libro que Benito y Tomasita estaban leyendo era, en efecto, una «historieta», en el sentido que da a esa palabra el diccionario de la Academia: «fábula, cuento o relación breve de aventura o suceso de poca importancia». Se trataba de una fantasiosa nadería, un divertimento breve y curioso que narraba unas inverosímiles peripecias ocurridas durante la Guerra de la Independencia. Ayudada por el auge de la novela y de las colecciones de libros amenos de pequeño formato destinados al ocio burgués, esta historieta se había publicado en 1836 con un cierto éxito editorial, el suficiente para dejar una huella semiborrosa, pero perceptible, en la

memoria colectiva de los españoles del siglo XIX, una impronta mental que aflora aquí y allá con el impreciso regusto que reserva la memoria para los recuerdos gratos de poca entidad, como le ocurre a Hortelano.

Esa historia, sin embargo, cuyos lectores apenas podían considerar como real, era un suceso verídico ocurrido a un soldado español de carne y hueso, un soldado que luchó contra los franceses; que tuvo la desventura de caer prisionero del enemigo y ser confinado en la retaguardia; que urdió luego la astucia de hacerse pasar por el cardenal de Borbón para mejorar su suerte; que al parecer consiguió engañar a unos cuantos con su audaz desfachatez y enamorar a alguna que otra dama francesa; que se vio empujado a caminar por la insegura cuerda floja de una farsa imposible de sostener, pero también de frenar; que por fin regresó a España y padeció las pesquisas del ejército por impostor y de la Inquisición por blasfemo; que se arrastró enfermo por hospitales y cárceles, y que finalmente murió con su identidad perdida entre las brumas de su curiosa leyenda, no sin antes dejar constancia escrita de ella.

En Francisco Mayoral hay historia y hay historieta, pero no es fácil discernir la parte que corresponde a cada una. De hecho, su caso pone en cuestión la diferencia entre la realidad y la ficción, porque ni siquiera los hechos constatables pueden considerarse como pura «realidad» cuando aparecen engarzados en una narración que toma su base de las categorías literarias del aventurero. Ese arquetipo narrativo se puede apreciar mejor si consideramos la historieta del sargento Mayoral

como parte de una antigua tradición literaria: la de los «falsos clérigos», es decir, los relatos más o menos picarescos de aventureros que se hicieron pasar por altos jerarcas de la Iglesia. En ese marco de ficción podemos ver desde otro punto de vista las aparentes verdades del sargento Mayoral, último y más sorprendente miembro de este reducido club.

AUTOBIOGRAFÍAS FICTICIAS DE FALSOS CLÉRIGOS

MARÍA Antonia Fernández Jiménez establece en un breve artículo² una tradición picaresca tardía, fundada sobre la figura de un impostor que se hace pasar por un alto jerarca de la Iglesia: son los «falsos clérigos», que desarrollan de manera picaresca una transgresión específica, el sacrilegio, que no formaba parte del acervo de los pícaros áureos. «Este grupo estaría formado por Alonso Pérez de Saavedra, fingido nuncio de Su Santidad; Francisco Mayoral, fingido arzobispo de Toledo, y Francisco Camacho, fingido cardenal griego.»³ La historia de Mayoral se aproxima más a la de Camacho, con la que guarda un cierto aire común, incluso en su propio tono menor. Pero, por otra parte, el sargento-arzobispo pertenece a un periodo más tardío, el de los conflictos político-militares de principios del XIX, lo cual justifica un desarrollo diferente, mientras que la conciencia de los lectores percibió desde antiguo la comunidad entre los dos relatos de Pérez de Saavedra y Camacho, ya que en 1788

se editaron conjuntamente,⁴ aunque ambos se habían publicado antes por separado.

En realidad, esta pequeña tradición de falsos créditos podría ponerse en relación con otros textos auriseculares del entorno de las autobiografías o seudoautobiografías picarescas y los relatos de aventuras. En concreto, otra célebre suplantación de personalidad con reflejo literario supuestamente autobiográfico, la de *la monja alférez*, bien podría sumarse a esa estirpe de impostores, aunque en este caso no se suplanta a una jerarquía eclesiástica, sino que se comete una transgresión igual de sacrílega, pero de sentido contrario: una monja que se hace pasar por soldado, en lo cual la ruptura de la barrera entre los sexos es el elemento narrativo preponderante. Esta religiosa vasca llamada Catalina de Erauso Pérez de Galarraga (1592-1650), huyó del convento donde vivía y, haciéndose pasar por varón, llevó una vida aventurera como soldado en Indias. Al parecer, en el barco que la traía de ultramar en 1646, una vez recuperada su huidiza condición femenina, escribió su historia. Aunque circularon copias manuscritas, de cuya autoría real se duda, la primera edición fue en 1829 y conoció un alud de traducciones, versiones más o menos libres y reediciones desde entonces.⁵ No he de ocuparme de la apasionante cuestión de si esta autobiografía fue escrita por doña Catalina o bien, por el contrario, se trata de una falsificación del XIX, o si hubo un texto original interpolado luego en sentido novelesco. El hecho de tratarse de un caso más conocido y célebre permite una tupida discusión de

esos detalles, que es mucho más incierta en los casos, bastante similares en cuanto a ambigüedad referencial, de Pérez de Saavedra, Camacho y Mayoral.

El cordobés Alonso (o Juan, según algunas versiones) Pérez de Saavedra se hizo pasar por nuncio pontificio en Portugal a fin de introducir en ese reino la Inquisición, lo que eleva su impostura a una misión providencial en bien de la fe cristiana. Manuel Serrano y Sanz se ocupa de él en su pionero trabajo sobre la autobiografía española,⁶ aunque no por el hecho de incluirlo en un estudio acerca del género autobiográfico le concede credibilidad histórica. Más bien se sintió empujado por el afán enciclopédista de no dejar fuera ningún texto, a pesar de la inverosimilitud que apreciaba en esta historia; de hecho, el gran erudito empieza su reseña crítica con un comentario derogatorio: «tantos son los absurdos contenidos en la relación autobiográfica atribuida al falso Nuncio de Portugal Juan Pérez de Saavedra, que dudaríamos hasta de la existencia de este personaje si no se hallase comprobada por la autoridad de Gonzalo de Illescas».⁷ Este historiador menciona la impostura de Saavedra, le felicitá por haber introducido en Portugal la Inquisición y afirma haberle conocido personalmente en las galeras, donde estuvo condenado muchos años. No obstante, Serrano no da crédito a esta «fábula» sobre el establecimiento del Santo Oficio, que considera refutada desde historiadores antiguos y desde Feijoo. Después alega otros «disparates» contenidos en la historia del falso cordobés.

Serrano sólo menciona dos versiones «de la autobiografía que se dice escrita por Saavedra [...], conformes en lo sustancial».⁸ La más corta la toma de un manuscrito de la Biblioteca Nacional: *Los notables y atroces hechos de Juan Pérez de Saavedra, que con formas y firmas falsas de cardenales y del Papa, príncipes y emperador Carlos Quinto y ministros, puso la Inquisición en Portugal a disgusto del rey y del reino, como se verá en este breve discurso que él mismo escribió a instancias del ilustrísimo señor cardenal arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga, cuyo original quedó en su librería.*⁹ La otra versión, más larga, es la que se publicó en 1788, única fuente impresa que cita Serrano, pero que no era en realidad la primera que salía a la luz, sino la tercera.¹⁰ Publicó también el texto en 1890, según parece, Miguel Morayta en el t. IV de su *Historia General de España*, en una nota o apéndice; de allí lo toma la única reedición reciente, a cargo de Manuel Barrios.¹¹

La historia, en la versión transcrita por Serrano, es una acelerada narración que parte del nacimiento del personaje en una honrada familia y de su pronta inclinación a aprovecharse de su maña para falsificar firmas, lo que le conduce a una espiral de fraudes cada vez más ambiciosos, por los que dicta sentencias –justas, eso sí, como las de Sancho Panza en la Ínsula Barataria–, se concede a sí mismo un hábito de caballero santiguista y se hace abonar rentas de la Corona. Llevando una vida acomodada con las riquezas obtenidas de sus engaños, da el paso de tomar la personalidad de un cardenal enviado por el Papa, con papeles falsificados del Pontífice. Según el relato, su suplantación se hizo con el expreso propósito de introducir la

Inquisición en el país vecino, por creerlo un servicio a la causa de Dios. En este asunto es donde se extiende con más detalles y mayor vigor novelesco. La línea directriz consiste en presentarse como un enviado divino que obra por mano de la Providencia, lo que no obsta para que toda la parte inicial consista en una serie de fraudes y latrocinos de corte picaresco.

El éxito de la figura del falso nuncio y de su relato no sólo se muestra en las sucesivas copias manuscritas y ediciones del XVIII, sino también en la impugnación que realizó Feijoo de su autenticidad (t. VI, discurso III, del *Teatro crítico*) y en que, con motivo de la edición de 1788, José Marcos Hernández publicó una réplica más extensa.¹² Marcos aprovechó una traducción de un libro portugués de Fr. Antonio de Sousa sobre el verdadero origen de la Inquisición en Portugal para arremeter contra las patrañas del falso nuncio y, de paso, tachar también de impostura la obra de Camacho que, de manera muy secundaria, acompañó la edición de 1788. La historia del falso obispo cordobés fue motivo asimismo de una versión teatral por parte de uno de los dramaturgos de mayor éxito popular del siglo XVIII, José de Cañizares, bajo el título de *El Falso Nuncio de Portugal* (publicada en 1750 y al menos otras seis veces más en ediciones sueltas). Palau también recoge la impresión suelta del XVIII de una *Letra* que se cantaba en dicha comedia.¹³

La historia de Francisco Camacho, falso obispo griego, apareció en el siglo XVIII de la mano de Juan Bernardino Rojo, vicario general del ejército, que tiene varias obras impresas de títulos larguísimos y barrocos, que desarrollan la doctrina teo-

lógico-moral apropiada para los soldados y el clero castrense; se fechan entre 1713 y 1747 según la lista que da de ellas Aguilar Piñal.¹⁴ La historia de Camacho se incluyó en un extraño volumen que bajo el nombre de *Teurgia general y específica...* dedica Rojo al estudio erudito y misceláneo de las cualidades de las piedras preciosas.¹⁵ Ese texto se reeditó en 1788 en las páginas 65-125 del volumen donde aparece también la edición del de Pérez de Saavedra, que cité antes. Como resalta Fernández Jiménez,¹⁶ la historia de Camacho no tuvo ni de lejos el eco de la de Saavedra, sin duda porque ésta tocaba un tema tan crucial como el de la Inquisición y se presentaba como mucho más antigua. De hecho, este opúsculo no ha dejado ninguna huella. A partir de la edición de 1788, Manuel Serrano y Sanz lo resumió brevemente,¹⁷ para llegar a la siguiente conclusión con su habitual contundencia calificativa: «tal es el relato que como verdadero publicó Rojo, relato inverosímil, cuento de presidiario acogido por un hombre crédulo, que no poco debía serlo el Capellán Mayor de los ejércitos de Su Majestad».

El título completo que encabeza el texto de 1747 es el de *Vida y sucesos del fingido obispo griego Francisco Camacho, hijo de Francisco, natural de Manzanilla, arzobispo de Sevilla, soldado en la compañía de Don José Cano y Aguilar (que Dios tenga) del segundo batallón de la Real Artillería, y al presente se halla en los Inválidos de dicha Sevilla; y es graciosa, cierta y verdadera historieta, conforme él mismo refiere, si bien se duda si tiene otro nombre en su patria, mudado por disimulo de sus errores, que no se le preguntó*. Este largo encabezamiento insiste en ciertos elementos claves: *sucesos, graciosa, historieta y errores* son tér-

minos que remiten a una literatura de entretenimiento en la que se destaca lo anecdotico y lo sorprendente, en la línea novelesca. Por otra parte, junto a ese factor literario se añaden protestas de veracidad que buscan la verosimilitud al estilo de los libros de historia: *vida, cierta, conforme él mismo refiere*, así como todos los precisos datos sobre nacimiento y filiación militar, si bien luego se contrarrestan con el quiebro final que proyecta una sombra de duda sobre su auténtico nombre.

Igualmente la veracidad se presume de un comentario de la última página, que relaciona al autor real con el responsable del volumen donde se incluye su relato: «Este obispo legado fingido griego fue después asistente o criado entre la familia de don Juan Bernardino Rojo, autor de este libro, capellán mayor de los ejércitos de Su Majestad en la restauración de la plaza de Orán y sus fortalezas, etc.». ¹⁸ Así pues, como resalta Fernández Jiménez, ése sería el procedimiento por el que Rojo «tuvo conocimiento de la aventura de Camacho y decidió publicarla»,¹⁹ procedimiento que –añado por mi parte– tiene un inequívoco aire de familia con el tópico literario del manuscrito encontrado. Rojo tenía que justificar por qué aparece en un libro como la *Teurgia* semejante novelita que no parece guardar relación alguna con el volumen en que se incluye. Esta técnica se aproxima también a la que justifica la publicación de la historia de Mayoral.

El opúsculo, en cualquier caso, tiene escasa miga. Narrado de una manera seca y escueta, lo que más le aparta de cualquier modelo picaresco es su completa concentración en un

solo episodio: la suplantación de la dignidad episcopal. No hay relato de infancia ni de formación, ni se expresa el menor interés por la construcción de un personaje cuya personalidad no se define en absoluto, ni como pícaro ni como otra cosa cualquiera. El párrafo 1 declara la moralidad de esta historia ejemplar, para excitar la vigilancia de los prelados, y en escasas líneas afirma el narrador haber sido educado católicamente, pero sin ninguna letra: «Dejo aparte, por no ser del caso, mi crianza en el lugar y paso a dar cuenta de lo restante de mi vida, etc.» Seguidamente, desde el párrafo 2, salta al año 1702 en que fue reclutado para la guerra de Sucesión. En el párrafo 3 ya se produce su cambio de personalidad, suceso relatado hasta el párrafo 16, en que confiesa su falta y es castigado. A partir de ahí el escrito experimenta un brusco cambio de estilo y se enfrasca en una serie de pedantes reflexiones morales, eruditas y teológicas, con gran copia de fuentes bibliográficas explicitadas en proliferas notas marginales. Rojo retoma el hilo de su plúmbea miscelánea hasta el final.²⁰

Fernández Jiménez destaca la finalidad ejemplar que atribuye el supuesto autor al relato de su vida, protestando su arrepentimiento.²¹ Eso es un tópico habitual de los relatos picarescos y también de las vidas autobiográficas del XVII y XVIII que siguen su misma estela. En la misma línea de rehabilitación y respetabilidad va la insistencia de Camacho en que no celebró misa ni tocó objetos sagrados de la Eucaristía. La conclusión de la investigadora es clara: «El contenido y la forma del relato que acabamos de presentar permiten consi-

derar su inclusión en la lista de obras de un género literario tan genuinamente español como es la novela picaresca, a pesar de no haber sido escrito en la época de plenitud del género».²² Cree que cumple la gran mayoría de los elementos que definen la picaresca, en especial el deseo de medro individual por medios ilícitos. Sobre esto volveré al final de este estudio, pero ya es hora de hablar del sargento Mayoral.

VIDA EDITORIAL DEL FINGIDO CARDENAL DE BORBÓN DESPUÉS DE 1836

Al contrario que los antecedentes de «falsos clérigos» mencionados, la obra de Francisco Mayoral nos sitúa a comienzos del siglo XIX en el contexto de la Guerra de la Independencia, un marco cronológico y temático radicalmente diferente.

Según cuenta su relato, Francisco Mayoral era sargento primero en el regimiento de Ciudad Rodrigo y cayó prisionero de los franceses en el terrible asedio de esa ciudad ocurrido en 1810; conducido a Francia, se hizo pasar por fraile, al ver que éstos eran mejor tratados. Animado por el éxito de su impostura, da un salto de audacia al suplantar la identidad del cardenal de Borbón, nada menos que un miembro de la familia real, presidente de la Regencia en Cádiz, arzobispo de Toledo y de Sevilla, pariente de la emperatriz de Francia... A partir de ahí se suceder una serie de lances y aventuras por el país, centrados enteramente en el enigma de su identidad

entre los franceses y entre los prisioneros españoles, en las pruebas a las que es sometido, en las acciones que tiene que ejecutar como clérigo y persona de sangre real cuando sí es creído, en sus relaciones con algunas damas francesas con las que mantiene relaciones galantes, etc. Finalmente fue descubierto. Tras otras aventuras y acabada ya la guerra, regresó a España, donde fue encarcelado en Barcelona, dejando escrita esta relación y unos versos sobre el mismo tema. Eso es, en resumen, lo que cuenta la *Historia verdadera del sargento Francisco Mayoral* publicada en 1836, en cuya advertencia preliminar, escrita por su editor, se informa de que el sargento había muerto en el hospital de Barcelona poco después de entregar su manuscrito a un piadoso sacerdote. Ese último dato, como veremos, resultará no ser cierto.

Las aventuras de Mayoral sólo llegaron al público y se convirtieron en famosas en 1836, cuando se publica en Barcelona el libro que ahora tiene el lector en sus manos. Tuvo bastante éxito, como prueban las reediciones que se sucedieron en los años siguientes y sobre las que suele haber bastante confusión, que intentaré ahora aclarar. La información más completa, aunque a veces inexacta, es la de Palau, que recoge hasta cuatro ediciones distintas del siglo XIX, todas ellas en impresión de formato pequeño, la primera de 1836 y la última de 1846. A estas hay que añadir una o dos impresiones populares en una fecha más avanzada, y una más en el siglo XX:²³

1) *Historia verdadera del sargento Francisco Mayoral, natural de Salamanca, fingido Cardenal de Borbón en Francia. Escrita por él mismo y*

dada a luz por D. J. V., Verdaguer, Barcelona 1836 (X + 163 pp.), con alguna que otra lámina dibujada por B. Planella y grabada por J. Amills. Palau la sitúa con la fecha dudosa entre 1836 y 1839, pero los ejemplares conservados en la Biblioteca General de Navarra y en la de la Real Academia Española tienen pie de imprenta de 1836; puede que Palau hubiera tenido noticia de alguna reimpresión de 1839 de la que no haya quedado más constancia. A todos los efectos, esta primera edición es la que constituye la transmisión textual, ya que todas las posteriores reproducen el mismo título y contenido a partir de ella, aunque con diferentes grabados.

2) Imprenta de R. Gallifa, Zaragoza 1841 (176 pp.). Palau le da fecha de 1844, pero el *Catálogo colectivo del patrimonio bibliográfico español* sólo describe un ejemplar de fecha 1841 en la biblioteca del Museo Romántico de Madrid. Igual que en el caso anterior, o hay un error en las fuentes o puede que hubiera reimpresión. Esta edición aragonesa es la única que conoció Serrano y Sanz, quien comenta de ella que «bastante raro es ya un librillo en que el fingido arzobispo de Toledo Francisco Mayoral consignó sus embustes y trapacerías».²⁴

3) Imprenta de A. B. de Martínez, San Sebastián 1844 (173 pp.). Puede verse al principio de este libro una reproducción de la portada. También hay un ejemplar en la Universidad de Harvard.

4) Imprenta de Wood, Londres 1846 (176 pp.). De esta edición londinense, con grabados de no muy buena factura, se pueden ver ejemplares en la Biblioteca Nacional (VC 7894-

1), Real Academia Española, Senado y Biblioteca Pública de Mahón. En el pie de imprenta figura por errata Wodt y otras fuentes corrigen en Wodt, pero en realidad se trata de la que habitualmente firma sus trabajos como Imprenta de Carlos Wood (o de Carlos Wood e Hijo), que tuvo gran actividad en libros españoles vinculados al exilio liberal entre 1824 y finales de los 40, y que a menudo imprimía libros para las librerías de Vicente Salvá y Rudolph Ackermann. Fue la que imprimió los famosos *Catecismos*, el *No me olvides* y *El Instructor*, colecciones y revistas promovidas por Ackermann y escritas por emigrados españoles para el mercado hispanoamericano.²⁵

5) En uno de los números del *Boletín bibliográfico español* que publicaba Dionisio Hidalgo en Madrid, concretamente en el año II, nº 10 (15-V-1861), dentro de un «Boletín de anuncios» se ofrece la lista alfabética de títulos de una «Colección de obras, la mayor parte novelas, impresas en Barcelona por Oliva en 16º, y adornadas casi todas con láminas finas. Se venden en Barcelona en casa de los Sres. Alou Hermanos; y en Madrid, en la Administración de este Boletín». En esa lista figura la *Historia verdadera del sargento Francisco Mayoral, natural de Salamanca, fingido cardenal de Borbón en Francia, escrita por él mismo*, en un tomo (p. XXXVII). Parece, pues, referirse a una edición popular que no ha dejado otros rastros bibliográficos. Pudiera ser la misma (u otra parecida) cuya cubierta se reproduce en el libro de J. M. Martí i Bonet, quien la fecha hipotéticamente hacia 1880. Es una cubierta de color verde con el título y un grabado, con la indicación de «Se halla de venta en casa [de]

los Sucesores de Antonio Bosch, / calle del Bou de la Plaza Nueva, núm. 13».²⁶

6) Ya en el siglo XX, la *Historia verdadera* se publicó también en la colección Austral, dentro de la serie anaranjada de «Biografías y vidas novelescas», aunque no parece haberse reeditado nunca en ella: *Historia verdadera del sargento Francisco Mayoral, natural de Salamanca, fingido Cardenal de Borbón en Francia. Escrita por él mismo*, Espasa-Calpe (Colección Austral, 897), Buenos Aires 1949 (148 pp.).²⁷

Todas estas ediciones derivan directamente de la de 1836 en Barcelona y reproducen la «Advertencia» que firma D. J. V. al comienzo de ella. Parece evidente que J. V., aunque en cierta manera asume la fantasmagórica faz literaria del clásico editor de un manuscrito encontrado, es una persona real que ejerce una intervención directa sobre el texto del sargento para pulirlo y darle la corrección y el sabor literario que pudieran agradar a los lectores. ¿Quién es D. J. V.? Esa pregunta es fácil de responder: se trata casi con toda certeza del impresor del libro, Joaquín Verdaguer, que en sus propias producciones sólo tenía que señalar sus siglas para ser identificado. Este fue un activo empresario tipográfico en Barcelona, que hereda los talleres de la viuda de Pla, regentados desde finales del XVIII por Vicente Verdaguer y especializados en surtir de libros de texto los centros de enseñanza religiosa de la zona; la mayor parte de la producción de ese establecimiento eran obras pías, diccionarios, tratados de filosofía, sermonarios, etc. Hacia 1829 Joaquín Verdaguer se hace

cargo del negocio y, coincidiendo con la apertura política y cultural del país, empieza a diversificar sus trabajos con folletos políticos, manuales de medicina y otras artes liberales, traducciones del francés, libros de historia y literatura de divulgación y entretenimiento misceláneos como obras de teatro, novelas, viajes, grabados artísticos, etc. En esos años también la imprenta fue habitual difusora de los trabajos del arzobispo de Palmira, Félix Amat, preparadas por Félix Torres Amat. Joaquín Verdaguer, sin embargo, no figura en los catálogos como autor de obra propia ni como traductor.²⁸

La trayectoria literaria de este episodio no termina aquí. En 1844 un periodista y político liberal, Agustín de Letamendi, dio a imprenta otra versión de la misma historia, en forma de biografía, como puso en su día de relieve Jean-René Aymes.²⁹ El asunto cobra mayor relieve por cuanto Letamendi también había sido un prisionero del ejército español en Francia y, al parecer, fue confinado en una ciudad en la que pasó quince días el supuesto cardenal de Borbón. Por ello, su relato cobra una nueva dimensión testimonial. Se publicó en Barcelona con el título de *Historia del fingido arzobispo de Toledo, Cardenal de Borbón en Francia, desde el año 1810 hasta el de 1814.*³⁰ Esta versión asegura que el impostor era un cabo extremeño llamado Carrasco, aunque más adelante admite que pudiera haberse llamado Mayoral. Afirma haberlo visto salir de la ciudadela de Barcelona en 1814 y que, tras ser trasladado a un hospital, el impostor fallece. Insiste en el aspecto cómico del asunto, y aprovecha para efectuar una dura sátira contra los franceses, a quienes ridiculiza.

La existencia de esta doble versión, la supuestamente transcrita por J. V. y la escrita por Letamendi, condujo a Jean-René Aymes a indagar sobre el asunto, en su búsqueda de fuentes y testimonios para una amplia investigación sobre los prisioneros españoles en Francia durante la Guerra de la Independencia. Y sorprendentemente, contra toda verosimilitud, la historia de Mayoral resultó ser cierta, al menos en sus grandes rasgos. Aymes lo comprobó en los archivos franceses³¹ y llegó a concluir que las informaciones reales sobre el fingido cardenal no contradicen, salvo excepciones, las de los dos textos españoles, sino que las completan. Estas investigaciones han sido también desarrolladas en la única monografía que existe sobre Agustín de Letamendi,³² cuya idea central al respecto de este punto es que Letamendi proyectó sobre la historia de Mayoral su propia experiencia como prisionero de guerra:

[...] lo que más nos interesa aquí es saber cuál fue la actitud de los deportados durante el cautiverio; para ello disponemos de una reacción singular, de una auténtica «joya». Se trata de la divertida y sorprendente ocurrencia de un prisionero español llamado Manuel Carrasco o Francisco Mayoral –según la fuente utilizada–. [...] Como es natural, inicialmente surgen dudas razonables sobre la existencia real de un personaje que más bien parece de novela; ahora bien, éstas quedan despejadas con los datos encontrados por Aymes en los archivos franceses, y los documentos conservados en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. Letamendi, por su parte, contribuyó a la difusión de la historia con la publica-

ción de un libro dedicado a rememorar una hazaña, en la que en cierto modo había participado, pues, según afirma, tuvo la oportunidad de conocer personalmente a «Su Eminencia». Es muy probable que tal contacto se produjese, ya que el falso cardenal viajó, a cuerpo de rey, por toda Francia relacionándose con los demás prisioneros españoles. No hay duda de que la obra constituye una importante aportación para el conocimiento de un hecho tan singular, pero además aporta luces nuevas sobre la vida de los prisioneros españoles en Francia durante el conflicto bélico francoespañol.³³

Letamendi conoció previamente el libro de J. V. y hace referencias a él en varias notas a pie de página, lo cual hace pensar que, al ver publicada la historia que había conocido en persona treinta años atrás, se vio él mismo espoleado a ponerla por escrito, dialogando con la versión de Mayoral transmitida por J. V. y dialogando también con su propia memoria. Fernández Jiménez insiste en que Letamendi pretendió dar su versión aportando informaciones propias y sin seguir miméticamente la fuente impresa de 1836, por eso su relato termina cuando el impostor está en Valenciennes, donde él lo habría conocido.³⁴ En cambio, los datos sobre hechos posteriores, incluida la muerte de Mayoral en 1814, los habría deducido de la versión de J. V.

Tanto las reediciones de la edición de J. V. como la propia existencia de la nueva versión de Letamendi muestran que la difusión de esta historieta fue bastante destacable, algo que se puede corroborar por otras referencias contemporáneas, como

la cita incluida en las memorias de Benito Hortelano con la que he iniciado este estudio, que indica que bastaba citarla por su nombre sin más precisiones. No obstante, el librito de Letamendi pasó sin pena ni gloria y no consiguió suplantar a la versión original. Durante los siglos XIX y XX Mayoral aparece citado de vez en cuando en diversas obras que siguen recordando, sin aportar nada nuevo, la pintoresca historia del sargento, siempre remitiendo más o menos de memoria al texto de J. V. en alguna de sus ediciones decimonónicas. Sólo pondré un par de ejemplos de esas menciones. A mediados del XIX se editó un lujoso volumen ilustrado con textos a medias históricos y a medias literarios sobre los edificios carcelarios más pintorescos del continente europeo: *Prisiones de Europa*.³⁵ En el capítulo dedicado a «La Ciudadela de Barcelona», que firma Adolfo Blanch,³⁶ en la sección IV, «El suplicio de los patriotas», dedicada a los presos célebres durante la Guerra de la Independencia y la ocupación francesa de la capital catalana, el último párrafo está dedicado a Mayoral:

Mas ¡ay, que tras esa época de triste recordación, otra larga y sangrienta serie de funestos acontecimientos aguardaba a España! La Ciudadela de Barcelona no había alcanzado aún durante los seis años de la ocupación francesa aquel carácter tenebroso que más recientes sucesos hubieron de imprimirle, después que escribió en sus calabozos su original y conocida historia el fingido D. Luis de Borbón, cardenal arzobispo de Toledo, el célebre sargento Francisco Mayoral, fallecido en el hospital militar de Junqueras, en Barcelona.³⁷

Y en el semanario *Tierra charra* de Ciudad Rodrigo, nº 122, de 2-II-1930, se publica en folletín una de las páginas del libro del presbítero Jesús Pereira Sánchez, *Ratos de ocio. Estudios históricos, leyendas y tradiciones mirobrigenses*,³⁸ en el que figura la siguiente nota:

entre los prisioneros militares conducidos a Francia, lo fue el sargento Mayoral, natural de Salamanca, que estuvo en Ciudad Rodrigo desde los primeros días del levantamiento, siendo después popular y famosísimo por sus novelescas aventuras de fingido Cardenal Borbón, durante su cautiverio en Francia, resaltadas más tarde en libro picaresco que con el nombre de *Historia del sargento Mayoral*, se publicó en Londres. Prohibido por el gobierno absolutista, por el desenfado con que está escrito, y más aún por la muy sospechosa ortodoxia, es rarísimo el ejemplar que se conserva, y hemos tenido la suerte de ver uno que guarda en grande estima el culto abogado mirobrigense don Juan Ballesteros.³⁹

ANTES DE 1836: LA HISTORIA DETRÁS DE LA HISTORIETA

LA aventura de Mayoral obtuvo su éxito de su carácter esencialmente inverosímil, pero que sin embargo era afirmado como real. Sólo en fechas muy recientes han aparecido datos que permiten avanzar en el conocimiento de la realidad histórica del personaje y de su aventura. Ya he mencionado los trabajos de Aymes en los archivos franceses. María Antonia

Fernández Jiménez, además, obtuvo un destacado logro al localizar un expediente del proceso que abrió la Inquisición a Mayoral por suplantar a un eclesiástico, que se conserva en el Archivo Histórico Nacional.⁴⁰

Por una vía de investigación totalmente diferente –y que ignora los hallazgos de Aymes y Fernández Jiménez, así como la existencia de la versión de Letamendi– se publicó en 2005 un extenso volumen sobre Mayoral por varios archiveros barceloneses encabezados por Josep Maria Martí i Bonet.⁴¹ Los autores se basan en un extenso sumario conservado en el Archivo Diocesano de Barcelona;⁴² ese sumario contiene el proceso inquisitorial contra Mayoral con más de un centenar de documentos, el extracto dentro de él de otro proceso seguido por la jurisdicción militar y también «una curiosa autobiografía y unos desalñados versos escritos por el mismo encartado Mayoral, posiblemente para su propia autodefensa y con el deseo, difícilmente encubierto, de que en algún día pudiesen ser publicados e incluso recitados en los teatros españoles y del extranjero».⁴³ Como otra parte del sumario, aportada por el reo, se encuentra el relato autobiográfico escrito por Mayoral con el siguiente título: *De la vida del fingido cardenal en Francia*. Estos textos parecen no ser autógrafos, sino dictados, tienen fecha en Barcelona, a 22 de febrero de 1816, y están incompletos.⁴⁴ El relato fue aportado al sumario, pero los inquisidores lo despreciaron como una sarta de truhanerías y desatinos, aunque sin ver ofensas al dogma punibles por el tribunal.⁴⁵ Al texto autobiográfico le faltan dos cuadernos,

con lo cual Martí suple en su estudio –y en su edición– esta parte con la versión impresa por J. V.

Los datos contenidos en este volumen –que resumo en los siguientes párrafos– permiten conocer de una forma algo más precisa lo que realmente ocurrió. Francisco Mayoral nació en Ávila el 12 de septiembre de 1781, aunque en la última década del siglo su familia se instaló en Salamanca y siempre se le suele calificar de salmantino en los documentos. Se casó en 1800 y en 1807 tuvo un hijo. En 1810 cayó prisionero, como sabemos, tras el asedio de Ciudad Rodrigo por los franceses y fue conducido a Francia, donde sucedieron las imposturas –sus «travesuras», como suele denominarlas el protagonista– que le dieron fama y que a grandes rasgos se corresponden con el relato de la *Historia verdadera*. En 1814, al regresar a España, la Auditoría General de Guerra de Cataluña le procesó por la jurisdicción militar, tomando testimonios al menos hasta julio de 1815;⁴⁶ los testigos fueron sobre todo españoles presos en Francia que conocieron a Mayoral haciéndose pasar por el cardenal de Borbón. Durante este proceso estuvo encarcelado en la ciudadela hasta febrero de 1816, que es cuando fecha su manuscrito autobiográfico.

Entonces entra en escena la Inquisición. Mayoral parece haberse «espontaneado» por propia iniciativa al tribunal barcelonés ante el carácter esencialmente religioso de los delitos de que se le acusa, acaso por pensar que sería más benévolo que la justicia militar. De hecho, según los datos de Martí i Bonet, el 27 de marzo de 1816 el sargento se dirige por pri-

mera vez al inquisidor de Barcelona y pide un confesor; está enfermo en el Hospital Militar de Barcelona. Le envían al P. Ambrosio de Barcelona, a quien le entrega unos papeles para que se los dé al inquisidor: se trata de la autobiografía terminada de escribir pocas semanas antes. A principios de mayo pasa del hospital a la ciudadela. En agosto de ese año se presenta una denuncia ante el Santo Oficio contra la impostura de Mayoral, firmada por un tal Jaime Vivas; a partir de ahí se inicia el proceso formal. A finales de marzo del 17 el tribunal encarga a un experto que califique los manuscritos de Mayoral, con la conclusión ya mencionada de que contenían necedades, pero no herejías. Un año después, en marzo de 1818, Mayoral fue trasladado a las cárceles secretas desde Montjuic, pero dos semanas después se le lleva al Hospital Militar, donde pasa una semana antes de volver a las mazmorras inquisitoriales.

El proceso, como siempre en este tribunal, fue minucioso, burocrático y formalista, con un gran número de testigos y comisiones a Francia y los demás tribunales españoles para localizar testimonios y datos. Mayoral se sometió a numerosas audiencias, en las que siempre se muestra humilde, confiesa sus culpas y se manifiesta afanoso de sufrir las penitencias correspondientes. En agosto de 1818 pasa un mes en el Hospital de la Santa Cruz, pero regresa a la cárcel secreta el mes siguiente. El 6 de octubre de 1818 se dicta condena: abjuración de leui, destierro de cuatro años en Ceuta ocupado en su Real Hospital, además de las acostumbradas penitencias reli-

giosas. En enero de 1819 la Suprema confirma la sentencia y se produce el acto formal de abjuración de sus errores por Mayoral, quien de inmediato solicita cumplir su condena en Ávila. En los días en que iba a ser embarcado a Ceuta, se le hospitaliza otra vez en Barcelona al borde de la muerte. No obstante, en mayo de 1819 el sargento llega finalmente a Ceuta a purgar sus culpas. En octubre de ese año el inquisidor general y obispo de Tarazona responde favorablemente a la petición de que Mayoral pueda ir a su Ávila natal y por fin el 19 de enero de 1820 se extiende desde el tribunal barcelonés la orden a Ceuta de trasladar al preso a esa ciudad castellana. Esas son las últimas noticias que Martí i Bonet aporta del proceso inquisitorial barcelonés, que de inmediato quedó interrumpido por la revolución liberal que liquidó para siempre al Santo Oficio.⁴⁷

Las deposiciones de los testigos que declararon ante el tribunal militar catalán y que luego fueron recogidas por la Inquisición, así como las propias actuaciones del proceso religioso, coinciden en general con lo que se relata en la *Historia verdadera*, aunque dan una imagen más compleja y más mezquina, porque no son testimonios de parte. Todos los testigos relatan un periplo de Mayoral por Francia, de depósito en depósito de prisioneros, siempre bajo custodia; todos manifiestan una perpetua duda sobre su identidad real, ya que a cada momento el pretendido cardenal estuvo sometido a pesquisas y obstáculos para confirmar o deshacer su impostura. A menudo, cuando se veía en un aprieto, tuvo que recurrir al

expediente de fingir desmayos o a la osadía de ofrecer pruebas cada vez más comprometidas. Pero, al contrario que Mayoral, los declarantes inciden en la tesis de que el sargento fingía para engañar a los incautos y obtener beneficios económicos en forma de donativos, préstamos o regalos. También documentan que el impostor se revestía de los ropajes y atributos eclesiásticos y que en ocasiones administró los santos sacramentos.

Los argumentos que él siempre aduce se basan en su deseo de burlar a los franceses en venganza por la guerra y en obtener un trato mejor que el de los prisioneros de a pie, a los que también desea socorrer y consolar desde su posición. Estas razones aparecen en boca de los testigos en un plano muy secundario. Más que el osado aventurero español –héroe burlesco, pero héroe– que quiso retratarse en la *Historia verdadera*, sus compatriotas en Francia lo vieron como un timador desvergonzado, movido por pasiones innobles hacia el dinero, las mujeres y la vida regalada. Por su parte, Mayoral mantuvo ante la Inquisición una línea de defensa constante, e idéntica a la que figura en el relato autobiográfico: aunque se hizo pasar por cardenal y actuó como tal, no cometió sacrilegio porque sus ornamentos no estaban consagrados, en las misas no pronunciaba las palabras y ritos de la Eucaristía, la comunión que ofrecía era mera apariencia y niega acordarse de haber celebrado una boda. Así pues, admite los sacrilegios de menor cuantía y los justifica por la necesidad en la que estaba y por su afán de burlar a los franceses y mejorar la suerte de

los prisioneros. El tribunal no le creyó, pero tampoco estimó de mucha gravedad sus errores.

La última aportación que conozco a la historia real de Francisco Mayoral tuvo lugar en diciembre de 2007, en un encuentro académico titulado *Foro Ciudad Rodrigo. Capital de la Independencia*, donde se impartieron varias conferencias sobre historia militar de esa ciudad. Una de ellas la presentó Miguel Ángel Martín Mas (del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España) con el título de «Las aventuras del Sargento Mayoral: soldado de Ciudad Rodrigo y pícaro sin igual». En el resumen de esa conferencia se dice que siempre se ha pensado que «a pesar del adjetivo “verdadera” contenido en el título, la rocambolesca historia del Sargento Mayoral no era más que una fantasía», pero que el proceso inquisitorial del Archivo Diocesano de Barcelona prueba su realidad.⁴⁸ Pero además este investigador maneja otros materiales de archivo: el expediente de Mayoral en el Archivo General Militar de Segovia y también «un parte de entrada de heridos en el Hospital de la Pasión durante el primer sitio de Ciudad Rodrigo en el que figuraba un tal Fco. Mayoral», proporcionado por Tomás Domínguez Cid, archivero de Ciudad Rodrigo.

Durante unos meses, Mayoral se atrevió a suplantar, con éxito, la personalidad del Cardenal de Borbón, primo de Fernando VII y Regente de España durante los años de la Guerra de la Independencia. Toda una aventura que nos muestra a un soldado de Ciudad Rodrigo, héroe o estafador,

según se considere, y que nos da una idea de la de miles de apasionantes historias que nos quedan por conocer de unos años trágicos de la historia de España pero que al mismo tiempo se nos presentan como fascinantes.⁴⁹

LITERATURA, AUTOBIOGRAFÍA Y FICCIÓN

DE los datos sacados a la luz por Martí i Bonet se desprende que Mayoral no murió en Barcelona, sino que su rastro se pierde en Ceuta o de camino a Ávila a principios de 1820. Su salud era muy mala y llevaba varios años alternando cárceles lóbregas e insalubres con los hospitales militares o de caridad de la época, tampoco muy saludables. Es de suponer que no viviera mucho tiempo más, pero en todo caso la afirmación de J. V. sobre que el sargento entregó su autobiografía a un capellán en el hospital de Barcelona poco antes de morir no parece constatar el hecho real de su fallecimiento, sino más bien hay que verla como una literaturización destinada a otorgar patetismo a esta historia de «manuscrito encontrado».

En realidad, Mayoral escribió su relato a principios de 1816 pensando en su defensa judicial ante el tribunal militar primero y ante la Inquisición después; es en esos meses cuando deposita los papeles en manos de un religioso que los traslada a los inquisidores. Aunque hoy están incompletos, esos manuscritos siguen estando en el sumario inquisitorial adonde fueron a parar en 1816. Pero Mayoral vivió aún como míni-

mo cuatro años y, además, salió de Barcelona. No sabemos de dónde obtuvo J. V. el original sobre el que trabajó, ni cuándo llegó a su poder, pero es de suponer que eso ocurriera no mucho tiempo antes de imprimirla en 1836, y tampoco parece descabellado pensar que su fuente fuera el propio proceso conservado en el Archivo Diocesano de Barcelona. Hay que recordar que la Imprenta Verdaguer tenía una intensa relación mercantil con las instituciones religiosas barcelonesas, para las que publicaba numerosos libros. El hecho de que los manuscritos del archivo catalán estén incompletos avala la suposición de que hayan sido sacados para que los usara J. V., mientras que —a pesar de la evidente personalidad mitomaníaca del sargento salmantino— sería más aventurado elucubrar que una segunda copia de la historia hubiese sido entregada por Mayoral a otra persona entre 1816-1820 y llegase luego a parar a las manos del impresor.

Si esta conjetura es correcta, la muerte ejemplar y patética de Mayoral que figura en la «Advertencia» de J. V. no es sino una manera de buscar un cierre necesario a la historia y un inicio a su trayectoria pública, ya no como historia, sino como literatura. Habría que interpretarla como la mentira fundacional de la historieta, la que permite su conversión en leyenda de amena lectura y la que cancela las posibles fisuras entre la realidad y la ficción. Y, curiosamente, esta más que probable mentira da paso a un relato cuyo elemento más sorprendente es su esencial veracidad. En efecto, todos los investigadores citados hasta aquí que han ido aireando los papeles rela-

tivos al fingido cardenal de Borbón, coinciden en afirmar que la inverosímil historieta del sargento es cierta y documentable. Martí i Bonet, que es el que mejor ha podido cotejar el testimonio directo de Mayoral y su reflejo literario, también llega a esa conclusión, aunque constata que la cronología del relato tiene incoherencias, así como confusiones en numerosos detalles factuales. De hecho, la mayor mentira de la *Historia verdadera* de 1836 no está en el relato reconstruido sobre el de Mayoral, sino en la «Advertencia» de J. V., que nos dice que el sargento había muerto en el hospital de Barcelona.

A pesar, pues, de todas las apariencias, esa aventura ocurrió. Lo que se populariza, sin embargo, no es esa historia como tal, sino la historieta preparada para la imprenta de 1836. Y en realidad, nuestra referencia es siempre la *Historia verdadera del sargento Francisco Mayoral* y no su historia *real*. El texto originario ahora se puede conocer gracias a la edición de Martí i Bonet del manuscrito conservado en el proceso del ADB. La comparación con lo editado por Verdaguer muestra un intenso proceso de corrección y literaturización. Es lógico, ya que los textos autógrafos de Mayoral que se conocen tienen una ortografía y una puntuación caóticas, con las palabras mal segmentadas y todos los trazos de una cultura muy básica y un lenguaje puramente coloquial. Como señala Martí, «nuestro Mayoral era casi un analfabeto».⁵⁰ J. V. le otorgó otra categoría literaria, lo insertó en una estilística y un estilo narrativo que transforman por entero el relato a pesar de no alterar apenas el contenido anecdótico de la historia. Lo que escribió

originalmente Mayoral, en realidad, puede insertarse en la poética de lo que algunos estudiosos han denominado «autobiografía popular», es decir, el amplio abanico de discursos del yo cuya característica esencial es haber sido producidos fuera de los ámbitos de la cultura letrada y del poder, por personas sin relevancia pública –o como en este caso con una relevancia ocasional encuadrada en los modernos mecanismos de la fama–, pertenecientes a las clases medias o bajas.⁵¹

Pero J. V. trasladó el relato a otro ámbito, sin borrar del todo las huellas de la mentalidad popular que late en él, haciéndolo partícipe de unos recursos y un estilo propios de la literatura de entretenimiento del momento, pensada para el ocio burgués. Igualmente reforzó toda una serie de elementos que conectaban las aventuras del sargento con la tradición picaresca española. Martí i Bonet atribuye el éxito editorial de esta historieta a haberse convertido, en manos de J. V. y en contra del sentido del manuscrito original, en un «ícono del liberalismo»,⁵² una historia que los progresistas interpretaron como burla del Antiguo Régimen, «la victoria de David contra Goliat». Es posible que haya algo de eso en la irreverencia anticlerical soterrada de la *Historia verdadera*, pero Martí i Bonet apenas da más pruebas de esa lectura política que el hecho de que tanto la edición barcelonesa como la londinense saliesen de imprentas destacadas por sus vínculos con el liberalismo. En realidad, la lectura de esta obra no parece haber sido política, cosa que hubiera sido bastante fácil de hacer con ese material narrativo. El relato

puede entenderse como irreverente y con algún punto de provocación, pero está esencialmente desideologizado, igual que la lectura de que fue objeto, que insiste más bien en el reclamo de lo inverosímil, lo sorprendente y lo novelesco. Fue leído como una divertida historia de entretenimiento, a la que no se le otorga una gran verosimilitud, a pesar de saberse veraz.

También los pocos que, desde la historia general o la historia literaria, se han referido a este texto señalan unánimemente su condición picaresca y desechan lecturas políticas: Alberto Gil Novales escribe que la obra de Letamendi sobre el fingido cardenal es «una de las últimas plasmaciones de la picaresca española»⁵³ y Fernández Jiménez remacha la misma idea afirmando que el relato de Letamendi «puede incluirse dentro del género de la novela picaresca española, tanto por la forma y estilo en que fue escrita, como por el argumento de la misma».⁵⁴ Igualmente, aduce el hecho de que la Colección Austral incluyera el libro de Mayoral con una nota en la contraportada que decía que era «una rara y curiosa obra en la que se diría que resucita todo el desenfado de la vieja picaresca española».⁵⁵ Martín Mas describe a Mayoral en el título de su conferencia como «soldado de Ciudad Rodrigo y pícaro sin igual». Jesús Lino Barrio Valencia emplea esta obra como ejemplo de dudosa identidad entre autor-narrador-protagonista, según el «pacto autobiográfico» postulado por Philippe Lejeune; no hay –dice– pruebas que permitan sostener ese pacto:

¿quién es en realidad el «yo» que habla, que narra? ¿Quién es en realidad el autor? Cualquier lector actual (y quizás también el coetáneo) desconocerá la identidad real del sargento Mayoral: no tiene como «signo de realidad» otras obras, y tampoco es un personaje conocido por motivos extraliterarios. En esta situación siempre cabe la duda de si estamos ante una narración en forma autobiográfica, pero que cuenta una vida ficticia, o si nos encontramos con una verdadera autobiografía (o memorias). Dudamos si estamos ante un nuevo coletazo de la pícarosca, o si son los recuerdos de la vida real de un tal sargento Francisco Mayoral, escritos por él mismo, como se nos promete. La resolución eficaz de esta duda ha de pasar, creo, por la comprobación de los datos históricos que aparecen en la obra, y de la propia existencia histórica del autor.⁵⁶

Todas las obras citadas en este estudio preliminar –las de Erauso, Pérez de Saavedra, Camacho y Mayoral–, en realidad, pueden considerarse un subproducto del relato pícarosco y de sus estructuras narrativas relativas al héroe (o antihéroe). No es que sean novelas pícaras, sino que forman parte de un mismo modelo narrativo presente en una vasta representación de las letras españolas desde el siglo XVI, y cuyo exponente más característico y exitoso es la novela pícarosca, con una potente capacidad de proyección sobre otras formas literarias. En ese grupo hay que encuadrar igualmente las relativamente abundantes autobiografías de soldados o aventureros de los siglos XVI y XVII, muchas de ellas muy ambiguas

entre lo autobiográfico y lo novelesco, y también biografías y hagiografías y todo tipo de relatos narrativos centrados en un héroe o antihéroe. Lo mismo cabría decir de un corto grupo de autobiografías de mediados del XVIII generadas en torno al modelo de la *Vida* de Torres Villarroel: las del astrólogo Gómez Arias y el filomatemático Joaquín de la Ripa.⁵⁷ El relato «apicarado» de Mayoral tampoco es el único surgido de las convulsiones propias de la Guerra de la Independencia, tan prolífica en testimonios de todo tipo.⁵⁸ Puede relacionarse con un par de escritos autobiográficos que no tuvieron la fortuna de trascender a la luz pública por medio de la imprenta. El atrabiliario beneficiado de Laguardia Santiago González Mateo, cura ateo, corrompido y afrancesado, escribió una excelente y extrañísima autobiografía en 1809 titulada *Vida trágica*, llena de «travesuras» y provocaciones que le hicieron caer en las garras inquisitoriales que, igual que a Mayoral, le siguieron los pasos hasta su misma abolición en 1820.⁵⁹ Y el exiliado liberal José R. Izquierdo Guerrero de Torres, auténtico prototipo de antihéroe, redactó también unos *Recuerdos de mi vida* que se caracterizan por el desenfado con que cuenta trapacerías y aventurillas innobles en mitad de la crisis nacional.⁶⁰ Con la *Historia verdadera* este modelo avanza ya hacia los cánones de la literatura de consumo decimonónica, pero esta es la amplia estirpe a la que pertenece.

Entre los autores citados, vale la pena destacar ciertas similitudes entre los casos de Pérez de Saavedra, Catalina de Erauso y Mayoral: los tres ilustran un tipo característico de

ambigüedad entre la ficción y la realidad. Se trata de una historia desmesurada, casi increíble, que ha repercutido sobre el imaginario colectivo a través de una confusa transmisión legendaria, que implica una cierta fase oral y menciones en fuentes literarias o historiográficas. Esa celebridad convierte asimismo al personaje en materia de obras de teatro y demás literatura de entretenimiento: tanto Pérez de Saavedra como Erauso llegaron a las tablas del teatro con comedias de acción sobre sus aventuras, que hicieron inextricable lo que en realidad les ocurrió, lo que fue inventado por ellos y lo que añadió la imaginación de quienes se vieron fascinados por sus hechos. Mayoral también lo intentó con la obrita dramática en verso que dejó entre sus papeles y J. V. y Letamendi finalmente lo consiguieron. A los protagonistas se les atribuye –o se les documenta– una o varias redacciones tempranas de sus hechos de las que quedan versiones manuscritas. En los tres casos, igualmente, se produjo un paso tardío a la imprenta durante el siglo XVIII (Pérez de Saavedra) y el siglo XIX (Erauso y Mayoral, aunque este último con un desfase de sólo veinte años respecto al texto original), que supone una nueva inyección a los personajes como materia novelesca o dramática; este paso adopta la forma de ediciones de sus presuntas autobiografías, redactadas en forma más extensa que los originarios relatos manuscritos y con cierta fortuna editorial, con la intervención de escritores letrados que tratan de presentarse como intermediarios con la realidad, y no como autores de ficción. El relato del fingido cardenal, escrito por el sargento

Mayoral, reelaborado por J. V. y versionado por Letamendi, se ajusta a estas características.

Pero en realidad la similitud más sorprendente es la dificultad de diferenciar en esos relatos los que tienen una base real de los que pudieran haber sido del todo inventados. Si nuestra referencia es la *Historia verdadera* e ignoramos el casual descubrimiento de los manuscritos de Mayoral, apenas podríamos percibir en ella una diferencia respecto a una historieta imaginaria. En este texto, como en los de Pérez de Saavedra, Erauso y otros, se produce ese característico –y a veces perturbador– «vértigo referencial»⁶¹ que genera la autobiografía cuando el pacto autobiográfico se formula en el texto sin que el lector tenga garantías para aceptarlo y, por lo tanto, la historia queda indefinida entre lo novelesco y lo autobiográfico. Aunque tiene relación con ello, no se trata exactamente del mismo efecto consciente que buscan tantas novelas autobiográficas de épocas modernas, que Manuel Alberca ha catalogado bajo la etiqueta de «pacto ambiguo» o «autoficción».⁶² Ese vértigo proviene más bien de la sensación por parte del lector de perder pie en la realidad de lo narrado: esto es, en que el pacto autobiográfico se formula, pero el lector no lo acaba de creer. Tal ocurre en mayor medida cuanto mayor haya sido el éxito de la historia y cuanto más se haya mixtificado con aditamentos legendarios y novelescos.

Para probarlo, pueden verse los comentarios que disemina Serrano y Sanz en sus referencias a varias de las obras citadas que incluye en su capítulo sobre «Los aventureros». Por ejem-

plo, entre las duras opiniones que vierte acerca de la *Vida trágica* de González Mateo destacan sus dudas entre considerar esta pieza novela o autobiografía, lectura que sólo se desambigua a través de la información extraliteraria que permite establecer la referencialidad de los hechos narrados en el discurso verbal: «Tales atrocidades refiere [...], que con harto trabajo me convencí de que el libro no era novela compuesta en odio a los frailes y a la Inquisición por un seudónimo; mas comprobada la existencia del autor y de los personajes a que alude y después de una lectura detenida, creo que es una autobiografía, si bien la más desvergonzada que se ha escrito».⁶³ Serrano y Sanz no sólo plantea una interpretación del contenido de la obra, sino toda una compleja relación de ese contenido con la definición del género autobiográfico, que tiene su núcleo vital en el problema de la referencialidad.

En ese sentido, todo este grupo de textos pueden considerarse un bloque intermedio entre las novelas picarescas y las autobiografías de soldados y aventureros. Las novelas picarescas establecen una ficción que se proclama gozosamente como tal: incluso en los casos en que son anónimas o de autoría discutida, se han seguido leyendo como ficción, sin que la enunciación en primera persona se tome por autobiográfica, sino, con un claro estatuto novelesco. Desde luego, ha habido intentos poco sólidos de leer el *Lazarillo* como la autobiografía real de un tal Lázaro de Tormes afincado en Toledo, pero no deja de ser una lectura anecdótica, propia de una obra que, por su grandeza, suscita toda clase de interpretaciones extre-

mas. El otro ejemplo que puede aducirse es más problemático, el de la *Vida de Estebanillo González*: no todos la entienden como una obra picaresca en sentido estricto, por lo que se viene discutiendo arduamente si se trata de una ficción o de una autobiografía, si el personaje existió o no, y si, en caso de haber existido, fue él u otro quien escribió su vida. Pero da la impresión –no soy especialista en el tema como para tener opinión propia– de que la controversia gira sobre hechos de erudición extraliteraria, mientras que la lectura del texto apunta en el lector hacia la ficción, sin tantas ambigüedades como las que manejan quienes discuten sobre la autoría. Podría ser un ejemplo parecido al de Mayoral: una historia real, pero inverosímil, que conduce a la indistinción entre autobiografía y ficción que aparece cuando se debilita el pacto autobiográfico y el lector no sabe a ciencia cierta cómo ha de leerse el libro que tiene entre las manos. Por el contrario, textos como los de Alonso de Contreras, Duque de Estrada, Miguel de Castro, Pasamonte, etc., en el XVII, y como los de Torres Villarroel, Ripa, Arias o Santiago González Mateo en el XVIII y principios del XIX, son inequívocamente leídos como autobiografías, como historias referenciales, aunque el lector pueda albergar legítimas dudas sobre muchos de los episodios narrados y aunque los autores recojan materiales y procedimientos novelescos que insertan sin pudor en sus propias historias.

El problema está en explicar convincentemente cómo se pasa de un territorio a otro, teniendo en cuenta que por medio

nos encontramos con la espinosa cuestión de la identidad personal. Es decir, cómo se pasa de un pacto ficticio que permite una máxima libertad expresiva y dirigir la crítica más cruda en múltiples direcciones en busca de la jocosidad, a un pacto autobiográfico que compromete al autor en un plano moral y social, y que maneja unos códigos, los de la identidad personal, fuertemente asentados en la conciencia individual y colectiva, y que limitan la libertad de su tratamiento literario. Pienso que esos textos que transitan entre lo legendario y lo histórico, que adoptan la enunciación en primera persona y que proclaman a gritos un pacto autobiográfico sostenido de la primera a la última página, pero que no consiguen que el lector asuma tal pacto, porque mantienen permanentemente en suspeso la credibilidad del lector, son uno de los ingredientes que explican la fluidez con que el formato de narración picaresca o aventurera se desliza de la pura ficción a la estricta autobiografía, en un ancho territorio de ambigüedades y préstamos mutuos. En cualquier caso, todas estas obras editadas o reeditadas en el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX nos obligan a constatar que la tradición picaresca no había desaparecido en la literatura española y que su influencia sobre la autobiografía era aún palpable, incluso llegando a los mismos extremos de confusión intergenérica –de inestabilidad del pacto autobiográfico– que habían tenido lugar en el siglo XVII.

FERNANDO DURÁN LÓPEZ

NOTAS

1. Benito Hortelano, *Memorias*, Espasa-Calpe, Madrid 1936, p. 74.
2. María Antonia Fernández Jiménez, «El relato picaresco del “falso obispo griego” Francisco Camacho», *Tríenio. Ilustración y liberalismo*, nº 26 (noviembre 1995), pp. 5-14. Véase también de la misma autora: «El establecimiento de la Inquisición en Portugal: historia de una impostura», *Historia* 16, nº 214 (febrero 1994), pp. 20-28.
3. M. A. Fernández Jiménez, art. cit. 1995, p. 14, n. 12.
4. Ésta parece ser la única edición que maneja Fernández Jiménez, que no ofrece más precisiones bibliográficas. La mayoría de su artículo consiste en un resumen del contenido de la historia de Camacho (art. cit. 1995, pp. 6-9), un breve comentario sobre su pretendida motivación moralizadora, la fijación de su dependencia respecto al relato de Pérez de Saavedra y de ambos respecto a la novela picaresca.
5. *Historia de la Monja Alférez Doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma, e ilustrada con notas y documentos, por don Joaquín María de Ferrer*, Imprenta de Julio Didot, París 1829 (LI + 311 pp., notas finales del manuscrito de D. Cándido María Trigueros). No puedo reproducir la larga lista de los manuscritos, ediciones, traducciones e imitaciones literarias de esta exitosa obra. Las dos ediciones más recientes, muy documentadas, a las que remito para más datos, son: *Vida i sucesos de la monja alférez. Autobiografía atribuida a Doña Catalina de Erauso*, Center for Latin American Studies, Arizona State University, Tempe (Arizona) 1992, edición de Rima de Vallbona; e *Historia de la monja alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma*, Cátedra (Letras Hispánicas, 524), Madrid 2002, edición de Ángel Esteban. También debe tomarse en consideración el libro *La Monja Alférez doña Catalina de Erauso. Dos manuscritos inéditos de su autobiografía conservados en el Archivo de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla*, Cabildo Metropolitano de la Catedral de Sevilla, Sevilla 1995, edición de Pedro Rubio Merino. Este personaje ha suscitado bastante interés por parte de la crítica y una ya nutrida bibliografía.

6. Manuel Serrano y Sanz, *Autobiografías y memorias. Colecciónadas e ilustradas por...*, Librería Editorial de Bailly-Bailliére e Hijos (NBAE, 2), Madrid 1905, t. I, pp. LXXIX-LXXXVI.

7. M. Serrano y Sanz, *ob. cit.*, p. LXXIX.

8. M. Serrano y Sanz, *ob. cit.*, p. LXXX.

9. Según Serrano, es un manuscrito del siglo XVII, sign. antigua T. 299, ff. 26-33; lo reproduce íntegro en *ob. cit.*, pp. LXXX-LXXXVI. No se trata de la única versión; al menos puedo citar las tres siguientes, procedentes de los fondos del duque de Osuna en la Biblioteca Nacional, que de seguro no son las únicas existentes: *Relación breve en que se refiere cómo Alonso Pérez de Sayabedra introdujo la Inquisición en el Reino de Portugal, y otra más que hizo, escrita con su mano izquierda, a petición del Excmo. Sr. D. Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo, quien la presentó al Rey D. Felipe Segundo*, siglo XVII, BN, sg. mss. 10129 (ff. 20r-29v); *Vida y trabajos de Saavedra por cuya industria se metió la Inquisición en Portugal*, siglo XVII, BN, sg. mss. 10838 (ff. 284r-292r); *Historia y ardides del falso nuncio de Portugal, Alonso Pérez de Saavedra, escrita por él mismo con la mano izquierda estando en las galeras preso*, en ff. 118-161 del volumen titulado *Vidas, raros sucesos y burlas de la fortuna*, siglo XVIII, BN, sg. mss. 10470.

10. Las ediciones que conozco corresponden al XVIII: *Primera parte de la singular vida de Don Alonso Pérez de Saavedra, falso nuncio en Portugal, y Inquisidor general de aquel Reino, y en este de España. Escrita por Don Manuel Marién y Rubio*, s. i., Madrid 1734 (8 hs. + 93 pp.); *Breve relación en que se refiere la vida del Falso Nuncio de Portugal, Alonso Pérez de Saavedra, y el modo que tuvo para introducir en aquel Reino la Santa Inquisición...* Copia de la que él propio escribió a instancias del Eminentísimo Señor Don Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, con su mano izquierda, después que le cortaron la derecha. La da a luz Don Bernardino Antonio Ochoa de Arteaga, s. i., Madrid 1739 (7 hs. + 66 pp., según Palau, esta edición «es reimpresión de una edición del siglo XVI que conoció Morales y Padilla con carácter de autobiografía»). La última edición impresa, que es la que conoció Serrano y Sanz, reúne el texto atribuido a Pérez de Saavedra con el supuesto relato de Francisco Camacho, del que luego hablaré: *Vida del Falso Nuncio de Portugal, Alonso Pérez de Saavedra, escrita por él*

mismo a instancia del Eminentísimo Sr. D. Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo... y la del fingido obispo griego Francisco Camacho. Publicada por Don Juan Bernardino Rojo, capellán mayor de los Reales Ejércitos, en que se refieren sus raros y graciosos hechos, Imprenta de Don Antonio Espinosa, Madrid 1788 (XVI + 125 pp.).

11. Alonso Pérez de Saavedra, *El falso nuncio*, Servicio de Publicaciones de la Obra Social de la Caja Rural Provincial, Sevilla 1983, edición crítica de Manuel Barrios. En realidad, esta edición no es crítica en absoluto y ni siquiera conoce ninguno de los manuscritos y testimonios originales. Su contenido resulta prescindible.

12. Verdadero origen del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en los Reinos de Portugal, contra la fabulosa historia de su falso Nuncio. Escrito en latín en el año de 1628 por Fray António de Sousa, traducido y añadido por Don José Marcos Hernández, Oficina de Aznar, Madrid 1789 (279 pp.).

13. No sé si la versión de Cañizares tiene algo que ver con otra más antigua incluida en un volumen de comedias misceláneas: *Comedias escogidas XXXVI. Parte treinta y seis de comedias escritas por los mejores ingenios de España*, José Fernández de Buendía a costa de Manuel Meléndez, Madrid 1671 (507 pp.). Incluye doce obras de Agustín Moreto, Francisco González de Bustos, Juan Bautista Diamante, Francisco Salgado, Juan Delgado, Gabriel de Roa, Francisco Cañizares y Pedro Francisco Lanini y Sagredo. A partir de la p. 271 figura la comedia *El nuncio falso de Portugal*, atribuida a Tres Ingenios.

14. Francisco Aguilar Piñal, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, CSIC, Instituto Miguel de Cervantes, Madrid 1981-1995.

15. Teurgia general y específica de las graves calidades, maravillosas virtudes y apreciable conocimiento de las más preciosas piedras del universo. Una breve explicación de los enigmáticos colores. Un discurso ilustrado y giganteo. Y los raros hechos del Obispo fingido griego, Legatus a Latere. Su autor Don Juan Bernardino Rojo, Antonio Marín, Madrid 1747 (40 hs. + 343 pp.), el relato de Camacho en pp. 283-307. Este volumen se reeditó en facsímil: Librería París-Valencia, Valencia 1994. Y esta misma editorial también sacó a imprenta al mismo tiempo en tirada separada la *Vida de Camacho*, por la que cito: Juan Bernardino Rojo, *Vida y suce-*

sos del fingido obispo griego Francisco Camacho. Separata de la obra Teurgia general y específica de las graves calidades, maravillosas virtudes y apreciable conocimiento de las más preciosas piedras del universo..., Librería París-Valencia, Valencia 1994 (facsímil de la edición de 1747).

16. Art. cit. 1995.

17. M. Serrano y Sanz, *ob. cit.*, pp. CII-CIII.

18. J. B. Rojo, *ob. cit.* 1994, p. 307.

19. M. A. Fernández Jiménez, art. cit. 1995, p. 9.

20. No muy acertadamente, Fernández Jiménez atribuye esa parte también al misterioso Camacho: «Asimismo, en el libro nos encontramos con muchos datos que pretenden demostrar la erudición que Camacho llegó a alcanzar gracias al estudio al que se dedicó tras cumplir su condena. Su transformación intelectual queda patente cuando utiliza las últimas páginas del libro para hacer un alegato contra la ignorancia» (art. cit. 1995, pp. 10-11). Parece más lógico pensar que, incluso si Camacho fuera efectivamente el autor del relato, estas últimas páginas son de la cosecha de Rojo.

21. M. A. Fernández Jiménez, art. cit. 1995, p. 10.

22. M. A. Fernández Jiménez, art. cit. 1995, p. 12.

23. Véase también la entrada correspondiente en: Fernando Durán López, *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*, Ollero & Ramos, Editores, Madrid 1997, nº 285, donde se completan y corrigen algunos de los datos de Palau. También he visto esta referencia bibliográfica incompleta de un libro publicado al parecer en Cuba en el siglo XIX: José M. T. de la C. Camilleri, *Viva Díos y viva España. Recuerdos de campaña del sargento Francisco Mayoral, natural de Salamanca, dedicados al honrado comercio en general y detallistas de La Habana, por...*

24. M. Serrano y Sanz, *ob. cit.*, p. CVI.

25. La portada y varios de sus grabados se reproducen en Josep Maria Martí i Bonet (y otros), *La Inquisición y el falso cardenal de Borbón: el español que burló al imperio napoleónico (proceso nº 570 del Archivo Diocesano de Barcelona, serie*

«Expedientes e informaciones», año 1818), Arxiu Diocesà de Barcelona, Barcelona 2005, pp. 520-555 (y véase también p. 393).

26. Martí i Bonet dice que es «la segunda edición autobiográfica de Barcelona (c. 1880)» (*ob. cit.*, p. 556) y que salió «en un formato muy popular» (*ob. cit.*, p. 394).

27. El libro de Martí i Bonet, como se verá, podría pasar por la séptima edición, pero en realidad dentro de su vasto conjunto documental no incluye la *Historia verdadera* íntegra, sino que se limita a suplir con ella las partes no conservadas del manuscrito autobiográfico original.

28. Martí i Bonet, que también cree que J. V., editor del texto, es Joaquín Verdaguer Bollich, dice que este «fue un personaje influyente en la Barcelona del siglo XIX, su prestigiosa librería de la Rambla se hizo famosa por sus tertulias literarias y políticas. De este establecimiento saldrían las primeras obras de la Renaixença» (*ob. cit.*, p. 391).

29. Jean-René Aymes, *Los españoles en Francia 1808-1814. La deportación bajo el Primer Imperio*, Siglo XXI, Madrid 1987.

30. Agustín de Letamendi, *Historia del fingido arzobispo de Toledo, Cardenal de Borbón en Francia, desde el año 1810 hasta el de 1814. Adicionado con curiosas notas, etc.*, Imprenta de Manuel Sauri, Barcelona 1844 (105 pp.).

31. J.-R. Aymes, *ob. cit.*, p. 66.

32. María Antonia Fernández Jiménez, *Agustín de Letamendi. Político y periodista en la España liberal (1793-1854)*, Editorial Milenio, Lérida 1999, cap. IX.

33. M. A. Fernández Jiménez, *ob. cit.*, pp. 37-38.

34. «Básicamente las dos obras narran los mismos hechos, lo que no quiere decir que los relatos sean gemelos. Si los sometemos a un análisis comparativo apreciaremos bastantes diferencias» (Fernández Jiménez, *ob. cit.* p. 160). Dicho análisis se ofrece con amplio detalle en el mismo libro (pp. 157-164).

35. *Prisiones de Europa. Primera obra de esta clase en España y la más completa de las publicadas en Europa [...]. En vista de obras, documentos y datos fidedignos, por Una*

Sociedad Literaria, López Bernagosi, Barcelona 1862-1863 (2 vols.). Sólo el tomo I tenía más de 840 páginas.

36. *Ibidem.*, t. I, pp. 493-640.

37. *Ibidem*, p. 548.

38. Imprenta Comercial Salmantina, Salamanca 1928.

39. J. Pereira Sánchez, *ob. cit.*, pp. 323-324. Como sabemos, la primera edición no es la de Londres. Tampoco tengo otra constancia de que hubiese sido alguna vez prohibido, y en cualquier caso los gobiernos posteriores a 1833 difícilmente podrían admitir el calificativo de «absolutista», lo que hace pensar que Pereira creyó que la impresión londinense correspondía a una fecha anterior, quizás al exilio entre 1823-1833.

40. AHN, sección Inquisición, legajo 2177, expediente 5.

41. Martí i Bonet, *ob. cit.*

42. ADB, serie «Expedientes e informaciones», año 1818, proceso nº 570: *Expediente formado a Francisco Mayoral, sargento primero con grado de subteniente del tercero de Ciudad Rodrigo, sexta compañía, que ha cometido los gravísimos delitos de haberse fingido cardenal-arzobispo de Toledo y bajo este título haber usado en Francia de pectoral y anillo, dando bendiciones, haber celebrado el sacrificio de la misa y confesado y casado y haber hecho otras cosas que le arguyen de mala creencia acerca del sacramento de la Penitencia y el de la Eucaristía* (en Martí i Bonet, *ob. cit.*, p. 9).

43. J. M. Martí, *ob. cit.*, p. 8. No se aclara la relación existente entre este legajo y el del AHN citado por Fernández Jiménez. Martí i Bonet sólo indica que en el AHN hay «una referencia» (p. 9) a Mayoral y que el sumario original está en Barcelona, pero no sabemos si esa «referencia» corresponde con la firma que proporciona Fernández Jiménez. Según Martí, en el ADB hay más procesos inquisitoriales, que debieron ser sacados del tribunal barcelonés por el obispo o algún inquisidor poco antes del 10 de marzo de 1820 en que ese tribunal fue saqueado; el grueso de los papeles de la Inquisición de Barcelona pasaron en su día al AHN, pero estos no, acaso porque «el secretario del Tribunal [Juan de Calva Martí], que también era el secretario-canciller de la curia episcopal y por tanto primer res-

ponsable del Archivo Diocesano de Barcelona, retuvo algunos legajos de procesos en curso, sobre los cuales aún debía hacerse alguna diligencia» (Martí, *ob. cit.*, p. 231). Sobre la actividad inquisitorial de esos años en la capital catalana, incluido el proceso contra Mayoral, pueden verse los trabajos de Joan Bada: *L'Església de Barcelona en la crisi del Antic Règim (1808-1833)*, Herder, Barcelona 1986; y *La Inquisició a Catalunya (segles XVIII-XIX)*, Barcanova, Barcelona 1992.

44. La descripción que se da es un tanto confusa (Martí i Bonet, *ob. cit.*, *passim*, especialmente pp. 24-26), ya que son tres manuscritos diferentes: el texto principal abarca tres fascículos en cuartilla, con letra de amanuense, con un total de 102 hojas reales, pero que originariamente habían sido 366, ya que una parte se ha perdido; un segundo manuscrito recoge una segunda versión incompleta con el episodio de *La conversión de la «madama la baronesa»*, y hay un tercero con una versión teatral en verso de la misma historia. Se dice que los textos no son autógrafos, pero en una de las audiencias con la Inquisición, Mayoral asegura que sí lo son, excepto uno de los cuadernos, dictado a otro sargento en el hospital. Todos estos textos, junto con el sumario inquisitorial, son editados en diferentes lugares del volumen de 2005.

45. Cf. J. M. Martí i Bonet, *ob. cit.*, pp. 34-35.

46. Parece que este proceso habría quedado interrumpido al pasar a la Inquisición el asunto, o bien por la dificultad de encontrar a varios testigos. Martí i Bonet también edita un pequeño expediente del Archivo General Militar de Segovia, con papeles entre 30 de mayo y 25 de junio de 1816, relativos a varias gestiones de ese proceso militar para localizar a ciertas personas.

47. Aunque se dice varias veces que no hay más noticias posteriores a 1820, Martí incluye en su cronología, entre interrogantes, la muerte de Mayoral en Salamanca el 26 de enero de 1822 (*ob. cit.*, p. 219), sin explicar el motivo.

48. Nuevamente se ignora la existencia del proceso de AHN y de los trabajos de Aymes y Fernández Jiménez.

49. He consultado este resumen en la web www.turismociudadrodrigo.com en octubre de 2008. No tengo constancia de que los textos completos del congreso en cuestión se hayan publicado.

50. J. M. Martí, *ob. cit.*, p. 31. Martí también cree que Mayoral dictó su relato a un amanuense catalán, ya que considera que el texto está plagado de catalanismos, aunque la larga lista de ejemplos que proporciona son muy poco convincentes de esta afirmación, ya que en su mayor parte se trata de coloquialismos propios del castellano de toda la península o giros del lenguaje de la época.

51. Véanse en especial los trabajos de James S. Amelang, particularmente los siguientes: *El vuelo de Ícaro: la autobiografía popular en la Europa Moderna*, Siglo XXI de España, Madrid 2003; «Los dilemas de la autobiografía popular», *Trocadero*, nº 16 (2004), pp. 9-17. También Antonio Castillo Gómez y V. Sierra Blas (eds.), *El legado de Mnemosyne. Las escrituras del yo a través del tiempo*, Ediciones Trea, Gijón 2007; y Fernando Durán López, «La autobiografía popular en España en los siglos XVIII y XIX: discusión del concepto y aproximación a un repertorio» (en prensa).

52. Martí i Bonet, *ob. cit.*, p. 387 y ss.

53. En su prólogo a M. A. Fernández Jiménez, *ob. cit.*, p. 20.

54. M. A. Fernández Jiménez, *ob. cit.*, p. 157.

55. Cit. en M. A. Fernández Jiménez, *ob. cit.*, p. 161.

56. Jesús Lino Barrio Valencia, «Memorias y autobiografías españolas», *Castilla*, nº 5 (1983), pp. 7-23; la cita en p. 18.

57. La obra de Torres es de sobra conocida. Las otras dos son las siguientes: *Vida y sucesos del astrólogo Don Gómez Arias, escrita por el mismo Don Gómez Arias, Maestro de Filosofía, Bachiller en Medicina y Profesor de Matemáticas, y buenas Letras...*, Imprenta de Manuel Moya, Madrid 1744 (4 hojas + 44 pp.); *Vida y aventuras militares del filomatemático D. Joaquín de la Rípa y Blanque, escrita por él mismo, en que da noticias de las campañas y funciones que se ha hallado en la guerra de Orán y de Italia, con una escuela militar para ser perfecto soldado, y algunas imposiciones matemáticas*, Imprenta de José González, Madrid 1745 (6 hs. + 52 pp.). He

discutido ampliamente la relación con la picaresca de estos textos, el de Torres Villarroel y los de Santiago González Mateo y José R. Izquierdo Guerrero de Torres, que se mencionan más adelante, en la parte tercera de mi tesis doctoral, *La autobiografía moderna en España: nacimiento y evolución (siglo XVIII y principios del XIX)*, en su mayor parte aún inédita. Véase también: Guy Mercadier, «Dans le sillage de l'autobiographie torresienne: la *Vida du baroudeur mathematicien Joaquín de la Ripa (1745)*», *Écrire sur soi en Espagne. Modèles et écarts. Actes du IIIe colloque international d'Aix-en-Provence (4-5-6 décembre)*, Publications Université de Provence, Aix-en-Provence 1988, pp. 117-135.

58. Véase Fernando Durán López, «Fuentes autobiográficas españolas para el estudio de la Guerra de la Independencia», en Francisco Miranda Rubio (coord.), *Congreso Internacional: Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia, Pamplona, 1-3 de febrero de 2001*, Ediciones Eunate - Sociedad de Estudios Históricos de Navarra - Asociación para el Estudio de la Guerra de la Independencia, Pamplona 2002, pp. 47-120.

59. Hay edición reciente: *Vida trágica de D. Santiago González Mateo, Job del siglo XVIII y XIX (1809)*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño 2001, edición de Javier Pérez Escohotado. Véase también, de Fernando Durán López: «Padres e hijos: el relato genealógico en la autobiografía de Santiago González Mateo», en Alberto Ramos Santana (ed.), *La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX. De la Ilustración al Romanticismo (1750-1850). VIII Encuentro. Cádiz, 17, 18 y 19 de Mayo de 1995*, Universidad de Cádiz, Cádiz 1997, pp. 69-84; y «La Ilustración boca a boca: el profesor Ramón de Salas y su alumno Judas Tadeo González Mateo», *Trienio. Ilustración y liberalismo* (Madrid), nº 41 (mayo 2003), pp. 25-53.

60. José R. Izquierdo Guerrero de Torres, *Recuerdos de mi vida*, Espuela de Plata, Sevilla 2004, edición de Fernando Durán López.

61. Véase al respecto: Fernando Durán López, «El vértigo de la identidad: Joaquín Camargo (el Vivillo) y Julián de Zugasti ante la autobiografía», en Rafael Merinero Rodríguez (ed.), *El bandolerismo en Andalucía. Actas de las VI Jornadas. Jauja, 26-27 de octubre de 2002*, Excmo. Ayuntamiento de

Lucena - Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de la Ruta del Tempranillo, Lucena 2003, pp. 81-125; y del mismo autor, «La autobiografía como fuente histórica: problemas teóricos y metodológicos», *Memoria y civilización. Anuario de historia*, nº 5 (2002), pp. 153-187.

62. Manuel Alberca, *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*, Biblioteca Nueva, Madrid 2007.

63. M. Serrano y Sanz, *ob. cit.*, p. CIII.

ADVERTENCIA

APENAS hay quien ignore que un sargento español, prisionero en Francia durante la guerra llamada de Independencia, se fingió cardenal de Borbón, arzobispo de Toledo, y que bajo esta calidad recibió los mayores obsequios, así del pueblo como de las autoridades de aquel reino; pero hasta ahora habían sido absolutamente desconocidas las causas que produjeron aquel hecho o ficción, y las que lo sostuvieron.

Era sensible que careciésemos de todas las circunstancias y detalles de una historia que no podía dejar de llamar la atención por lo maravilloso y extraordinario del caso: nadie sino el mismo interesado era capaz de ejecutarlo; éste, empero, había fallecido en un hospital militar después de algunos meses de calabozo, donde fue metido luego de su llegada a España. No quedaba el menor antecedente de que hubiese tenido la curiosidad de escribir su vida. La creencia general era la